



la hipótesis demográfica y el origen del estado: crítica metodológica

Author(s): linda manzanilla

Source: *Boletín de Antropología Americana*, No. 7 (julio 1983), pp. 19-28

Published by: [Pan American Institute of Geography and History](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40977020>

Accessed: 18-05-2015 20:43 UTC

REFERENCES

Linked references are available on JSTOR for this article:

http://www.jstor.org/stable/40977020?seq=1&cid=pdf-reference#references_tab_contents

You may need to log in to JSTOR to access the linked references.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Pan American Institute of Geography and History is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Boletín de Antropología Americana*.

<http://www.jstor.org>

la hipótesis demográfica y el origen del estado: crítica metodológica

Los enunciados generales de la llamada "hipótesis demográfica" para explicar el origen del Estado proceden del antropólogo Robert Carneiro (1970). Este proceso tiene como trasfondo dos condiciones: una población en constante aumento, y la existencia de terrenos aptos para el cultivo y de zonas de concentración de recursos (de caza, pesca, recolección), circunscritos a sectores bien definidos de una región. A un determinado punto del crecimiento demográfico, dichos sectores de interés para la subsistencia son motivo de conflictos constantes. La competencia por ellos origina que algunos grupos conquisten a otros, estableciéndose una relación de tipo tributario entre vencedor y vencido. Por medio de estos mecanismos aumentaría progresivamente el tamaño de las unidades políticas, así como su grado de complejidad y de centralización. Por lo tanto, el proceso se resume en un recorrido por la siguiente secuencia de niveles de organización: la aldea, el cacicazgo, el reino y el imperio. Los dos últimos quedarían incorporados dentro de la definición de Estado que propone Carneiro, a saber: una unidad política autónoma, que incluye a varias comunidades dentro de su territorio, y que tiene un gobierno centralizado con poder para recabar impuestos, reclutar hombres para el trabajo o la guerra, y decretar y hacer cumplir las leyes.

Un refinamiento de este modelo ha sido presentado por David Webster (1975), quien añade, dentro de las condiciones iniciales, que la población en aumento a que hemos aludido debe estar segmentada en una serie de "sociedades jerárquicas", organizadas por jefes con funciones redistributivas, atributivas, rituales y militares, como

respuesta a las tensiones originadas por la limitación de recursos. Sin embargo, dichas sociedades no deben ser consideradas, en general, como etapas evolutivas en el camino inevitable al Estado temprano.

Según Webster, el concepto de "circunscripción ambiental" que emplea Carneiro es inapropiado para el análisis de varias áreas (Mesopotamia, Mesoamérica, el norte de China) donde se desarrollan estados arcaicos, ya que, en torno a las zonas de potencial agrícola y demográfico alto, existen zonas marginales que representan una posibilidad de elección en momentos de tensión. Por otra parte, existen casos de ambientes circunscritos (en regiones de la Polinesia, por ejemplo) en que no se generaron organizaciones estatales (prestando atención a la definición de dichos investigadores).

Cuando la alternativa de fisión y ocupación de sectores marginales ya no es viable, se pueden elegir los siguientes caminos: aceptar niveles de vida cada vez más bajos (que, a los ojos de Webster, no es una buena elección), instituir controles demográficos internos efectivos (generalmente indeseable), adoptar técnicas agrícolas más intensivas (solución a largo plazo) o adquirir recursos productivos básicos adicionales por medio de la guerra, medida inmediata para algunas áreas. Sin embargo, la expansión del núcleo original tendría éxito al pretender penetrar en las zonas marginales. Más allá de este punto, las constantes tensiones y conflictos provocarían éxitos militares temporales y ocasionales, y no la conquista de un cacicazgo por otro, como pretende Carneiro (*Ibid.* 467).

Las zonas marginales incorporadas al territorio del cacicazgo quedarían fuera de la jurisdicción de los grupos de parentesco. Por lo tanto, se conver-

tirían en recursos monopolizados por los administradores del alto rango y, de ahí, en fuente de prestigio, riqueza y poder. Es así como Webster introduce una faceta nueva al modelo de Carneiro. La guerra redimensiona el elemento riqueza, a disposición del jefe, ya que este elemento está ahora representado por bienes productivos básicos (tierra o agua), cuyo abastecimiento es escaso. La siguiente etapa del proceso implica que la riqueza sea objeto de redistribución restringida, beneficiando a parientes cercanos del jefe (exagerando, por ende, las formas antes incipientes de estratificación social) o a individuos descontentos. Recordemos a este respecto las ideas de Marx (1974:69-70,72). En relación a las comunidades de pastores indica lo siguiente:

“Por eso es la *guerra* uno de los trabajos más originarios de todas estas entidades comunitarias naturales, tanto para la afirmación de la propiedad como para la nueva adquisición de ésta.”

Añade que “. . . allí donde cada uno de los individuos puede poseer un cierto número de acres de tierra, ya el mero aumento de la población constituye un impedimento. Para superarlo se hace necesario la colonización y ésta hace necesaria la guerra de conquista”.

Sin embargo, a juicio de Webster, la guerra fue una solución poco efectiva a los problemas de limitación de recursos y de crecimiento demográfico. La existencia de estructuras políticas efectivas permitió nuevas soluciones adaptativas, como la intensificación agrícola y la especialización económica, que fortalecieron las jerarquías existentes y proporcionaron nuevos pretextos para la persistencia de hostilidades.

Resumiendo la posición de Webster (*Ibid.*:470), podemos señalar que, si bien dicho autor no propone a la guerra como causa “única”, sí la considera el estímulo del surgimiento de instituciones incipientes de tipo estatal y el agente de preservación de éstas, hasta que adquieran otras funciones “con valor adaptativo” (por ejemplo, la administración de la agricultura intensiva o el comercio), que aseguren su supervivencia.

A este punto de la exposición conviene introducir una llamada de aclaración que Webster (1976: 815,818-19) y otros investigadores han hecho sobre los conceptos de guerra y militarismo. El primer término designa la existencia de conflictos organizados entre los grupos humanos de una región. El segundo, una clase particular de guerra: la expansionista, intrusiva, a gran escala, caracte-

rística de los estados “bien desarrollados”. Pues bien, los “estados teocráticos tempranos”, a pesar de ofrecer algunas evidencias de hostilidades (sobre todo, de incursiones), no eran expansionistas. La concentración efectiva de fuerza física coercitiva estaba ausente, además del hecho de que las poblaciones eran generalmente más reducidas, más concentradas y menos diferenciadas internamente que en las etapas tardías. Aún cuando existiese inestabilidad provocada por la afluencia de aspirantes a las posiciones altas, los levantamientos no estuvieron dirigidos a eliminar las instituciones jerárquicas sino a mantenerlas.

El fenómeno del militarismo ha sido considerado crucial para la “Era de los Imperios Multiestatales” de Steward (1972: 194-96), en que los monarcas emprenden conquistas a gran escala de territorios vastos. Dicho autor vincula este factor con la urbanización clara de los asentamientos. Sin embargo, antes de esta era está aquella de los “Estados Florecientes Regionales”, en que existen ya organizaciones estatales multicomunales, pero que parecen equivaler al modelo denominado “teocrático”. Aún cuando la ciudad ya está presente en esta última (en la forma de centros administrativos, productores, ceremoniales o de intercambio), tiene un carácter diverso a la ciudad amurallada de la era subsiguiente.

Uno de los procesos a que dirigiremos nuestra atención será precisamente el establecimiento de los “estados teocráticos”, ya que, si hemos entendido correctamente, son precisamente éstos los casos prístinos, es decir, aquellos que se han desarrollado *sui generis* a partir de condiciones puramente locales, sin que, en su trasfondo histórico, pueda discernirse la intervención de alguna entidad estatal (Fried 1974:38). Recordemos también que el factor guerra no es tan evidente en éstos como en los estados denominados “militaristas”. Siguiendo a Fried, mencionaremos que la “hipótesis de la beligerancia” puede ser de relevancia (no por ello de explicación) en la discusión de casos especiales de formación de “estados secundarios”.

Uno de los casos más tempranos de estado primario, el de Mesopotamia, ha sido utilizado como ejemplo para ilustrar esta hipótesis. Contamos con tres proposiciones principales, que son derivaciones del modelo de Carneiro. La más ortodoxa fue propuesta por Cuyler Young (1972). Dicho investigador define a Mesopotamia como una unidad geográfica “circunscrita” (no entendemos bien que criterios toma en cuenta para hacer este señalamiento), en que la población presenta, entre 6 000

y 4 500 a. C., un incremento de trece veces. Esto provocaría una presión sobre los recursos cuya salida sólo podría estar en el ámbito de la intensificación en el uso de la tierra y en la migración de un sector de la población a zonas marginales, en calidad de colonos (periodo Ubaid).

Sin embargo, tanto el fenómeno de la colonización de territorios nuevos como el de la intensificación tendrían sus límites. Cuando éstos fuesen alcanzados, los conflictos por las tierras de cultivo se agudizarían. Durante el periodo Uruk se abandonan las zonas marginales con el fin de crear aglomerados de asentamientos, en posiciones fácilmente defendibles, constituyéndose así "zonas de amortiguamiento" entre los sectores poblados. Por lo tanto, el urbanismo sería el medio de organización y control tanto de la población en aumento, como de la estructura económica intensificada y de la fuerza de trabajo que hizo posible dicha intensificación, pero sólo dentro de formas sociales de tipo jerárquico (*Ibid.*: 833-838).

Por otro lado, McGuire Gibson (1973: 458-60) propone un modelo referido principalmente a las áreas de Uruk, Nippur y Kish, que presenta algunas variantes respecto al anterior. En primer lugar, el aumento de la población estaría en función de la productividad y fertilidad de la tierra, y no sería

considerada cómodamente como variable independiente, como pretenden Boserup (1965) y seguidores. El crecimiento demográfico sigue siendo el agente principal, pero se introduce un nuevo factor, considerado como crucial en el proceso de urbanización de Mesopotamia: en un momento dado, se abandona el ramal oriental del Eufrates y la población se mueve hacia occidente, cerca del nuevo lecho. Este desplazamiento aglutina aún más a la población, reduciendo la tierra disponible. De nuevo se plantea que la única salida es la de intensificar el uso de la tierra, la red económica y la organización social(?). Sin embargo, el sistema de grandes unidades de asentamiento ya no es eficiente, de ahí que los sitios más grandes se desintegren en favor de un patrón disperso de pequeñas aldeas en el territorio. Esto permitiría, de nuevo, un aumento demográfico, y nuevos intentos de intensificación a nivel del intercambio y de la especialización artesanal. La competencia por bienes y tierra es tan intensa que la guerra se torna un fenómeno común y mejor organizado. En lugar de "migrar" o "intensificar" algún elemento del sistema, conviene ahora hacer frente a los conflictos de manera directa. Los centros de población están ahora constituidos sobre la base del intercambio y de la actividad militar, y debido a este hecho, no es conveniente afrontar estas nuevas alternativas con un patrón de asentamiento disperso, por lo que la resultante obvia sería la aparición de ciudades.

Por último, Robert McC. Adams (1972: 62-63) comparte el esqueleto central de los modelos expuestos anteriormente, indicando que el proceso de la "revolución urbana" en la Baja Mesopotamia probablemente fue disparado por un aumento masivo de la población, debido a una redistribución de ésta, durante el periodo Uruk. La competencia sobre recursos se dirigió principalmente al agua de regadío. Adams propone que los efectos de dichos eventos sean analizados, no sólo a nivel intercomunal (con consecuencias como la presencia de constantes hostilidades bélicas, que desembocarían en la aparición de ciudades-estado amuralladas), sino también a nivel intracomunal (es decir, sus efectos en la estratificación social, que provocarían a la larga el surgimiento de superestructuras políticas estatales). Adams (1966: 9-10) destaca que dichos fenómenos no fueron sincrónicos, ya que, en primer lugar, se formaría una sociedad estratificada en clases (constituidas a partir de grados diferenciados de acceso a los medios de producción) y, por ende, surgiría el Estado como forma política. Más



tarde aparecerían los conglomerados verdaderamente urbanos.

Esta distinción, que pretende discriminar entre dos momentos distintos, está claramente definida en el pensamiento de Adams (1955b: 8, 1960: 278, 280), al contraponer la era "Floreciente" (periodos Ubaid tardío a Jemdet Nasr), en que se fragua la "sociedad urbana" estratificada, con la cual coincide el surgimiento del Estado y el desarrollo de la "civilización", con la era "Dinástica" (periodo Dinástico Temprano), en que la organización política gira en torno al control de las fuerzas coercitivas seculares, y en la cual se manifiestan las primeras ciudades, en un clima de acciones militares reiteradas, y bajo el estímulo de factores desequilibrantes como el nomadismo (1966:19). Service (1975:225) comparte esta distinción, y añade que los dos tipos de guerra que se presentan durante el Dinástico Temprano son: entre vecinos rivales en competencia (en la que una ciudad vence a otra y la hace su tributaria temporal), y entre sedentarios y nómadas por las frecuentes correrías de estos últimos (*Ibid.*: 215).

Según dicho autor, la guerra y los medios militares pueden estar relacionados con nuevas formas de dominio político de algunas sociedades sobre otras, especialmente si hay algún grado de diferenciación regional en los recursos y de especialización tecnológica, conectadas a través de mecanismos de intercambio y de redistribución debidamente administrados. Sin embargo, el Estado, como institución represiva basada en la fuerza secular, no es un equivalente de la civilización en sus desarrollos clásicos y primarios (*Ibid.*: 307-8). Con esta misma tónica, Krader (1977:1b) destaca que, aunque ninguna teoría del Estado puede eliminar el factor de la fuerza coercitiva, el poder no es el punto inicial ni final de la teoría. Tanto el Estado como su poder son derivados de las relaciones entre la "sociedad civil" y la economía. En todo caso, cabría el considerar a las hostilidades producto del uso de dicho poder como condiciones externas a la formación y desarrollo del Estado.

Antes de abordar el problema de los indicadores arqueológicos que entran en juego en la hipótesis que nos atañe en este trabajo, recordemos brevemente que el concepto de "circunscripción ambiental" no es aplicable, en general, al caso de Mesopotamia ni al de Mesoamérica. Si quisiéramos ser más específicos y referirlo a una zona determinada tendríamos que contar con suficientes datos para hacer una reconstrucción tentativa del ambiente para el momento que estemos analizando.

1. Los factores demográficos.- Son cuatro los parámetros que tenemos que discutir: el cálculo del número de habitantes de un sitio o de una región, la densidad de la población, el aumento demográfico y la presión de la población sobre los recursos.

a. Cálculos de población.- En casi todos los reconocimientos de superficie practicados en áreas como Mesopotamia, se ha intentado calcular el tamaño de la población, primero de los sitios, después de la región. Los investigadores que siguen esta "metodología" quedan muy conformes al evaluar el número de habitantes a través de la extensión de los materiales de superficie de un determinado momento, en el primer caso, y del número de sitios localizados en superficie, por periodo, en el segundo. Adams (1962b: 20-21) propone además medidas compensadoras para estos cálculos, señalando que las cifras de los sitios sean limitadas al último periodo de ocupación (el más cercano a la superficie, y, por ende, el mejor representado). Al calcular aquéllas de índole regional, se sugiere emplear las dimensiones máximas de los sitios para todos los periodos, hecho que nivela el efecto de los asentamientos enterrados bajo los sedimentos aluviales.

Antes de proseguir con otros elementos utilizados para cuantificar la población, señalamos, siguiendo a Oates (1972:301), que sin excavación es imposible establecer los límites del asentamiento, sobre todo cuando tiene arriba estratos de otras épocas. Recordemos todos los agentes que afectan la distribución y densidad de los materiales de superficie. Para los asentamientos urbanos, no sabemos qué proporción del área fue destinada a uso residencial, en contraposición a sectores de basureros, corrales, huertos y jardines (Adams y Nissen 1972:30).

Por otro lado, a nivel regional, pesan sobre nosotros los problemas de los índices diagnósticos y, por ende, de la contemporaneidad entre los sitios. Adams y Nissen (*loc. cit.*) destacan que un mapa de asentamientos antiguos puede resumir varias etapas de un proceso histórico en marcha. Por lo tanto, sería erróneo calcular la población total de un conglomerado de poblados por la mera adición de las poblaciones máximas de cada sitio. Además se ignoraría la posibilidad de ocupación cíclica. Por esto consideramos que este camino no es adecuado para estimar

la población, y los cálculos que de él proceden no guardan una relación palpable con la realidad.

Otros parámetros que han sido tomados en cuenta para este fin son, entre otros: el número de mariscos consumidos, metates usados o cuartos ocupados. Estas técnicas presuponen, según Cohen (1975:471), una relación fija (a menudo, no especificada) entre la unidad del parámetro y el número de individuos, relación que, en muchos casos, puede ser puesta en duda. El arqueólogo no sabe si el indicador que está considerando ha sido recuperado totalmente.

Por otro lado, para los sitios excavados del Cercano Oriente, se ha tomado como índice principal el número de casas de adobe. Sin embargo, Oates (*loc. cit.*) hace una llamada de atención en relación a la vida media de este tipo de construcciones. Se considera que el promedio es de 20 años, aunque puede llegar a un máximo de 40 años. Actualmente se ha observado que, cuando la vivienda empieza a deteriorarse, se reemplaza por otra, en otro sector del asentamiento, por lo cual la aldea tiende a moverse alrededor del área total ocupada, pero en ningún momento se habita toda la superficie a un tiempo.

b. Densidad de habitantes.- Childe (1973:44) ha señalado que este factor está determinado por el abastecimiento de alimentos, a su vez limitado por la disponibilidad de recursos naturales, las técnicas de explotación del ambiente, y los medios tanto de transporte como de almacenamiento al alcance. También considera que el horizonte llamado "Civilización" tiene como característica una cierta densidad y un determinado tamaño de los asentamientos.

Por otra parte, Adams (1955b:12) considera que, durante el periodo Ubaid, se aceleró el ritmo de concentración de la población (y, por lo tanto, de densidad) debido al efecto de las técnicas de regadío en relación al proceso de urbanización. El clímax se presentó durante el periodo Jemdet Nasr en que, en la región de Uruk-Warka y de otros centros similares, la densidad alcanzó un máximo debido al proceso de abandono rural.

Generalmente los cálculos de densidad proceden de una evaluación del número de hectáreas de tierra cultivada o poblada, o de territorio asignado a las unidades sociales que lo habitan. No existen medios de comprobación de esta instancia. En otras oca-

siones se utilizan las cifras actuales de densidad y se aplican, sin miramientos, a la información del pasado.

Adams y Nissen (*Ibid.*: 28:30) están conscientes de los serios problemas a que se enfrentan al calcular la densidad a través de datos de superficie. Sin embargo, prefieren arriesgarse en esta tarea ya que, a su parecer, sólo así se pueden aprehender fenómenos cruciales, como el tamaño de la población urbana y la intensidad en el uso de la tierra.

Nuestra opinión obviamente va en contra de este tipo de ideas. Siendo la densidad una medida que relaciona población y superficie habitada o cultivada, y ya que ambos parámetros prácticamente están en el aire, la medida de densidad es una construcción ideal.

c. Aumento demográfico.- Se han propuesto diversos mecanismos que explican el crecimiento de la población en distintos momentos del pasado de Mesopotamia. Por ejemplo, Childe (1973:43-45) menciona que, en tiempos neolíticos, el aumento demográfico se puede palpar en la multiplicación de los asentamientos. El fenómeno que está acaeciendo es que, en el momento en que la población aumenta por encima del límite que puede ser mantenido por la tierra disponible, el excedente demográfico funda un poblado nuevo. Adams (1955b:12) señala que, en la Alta Mesopotamia, el número máximo de poblados se alcanza durante el periodo Ubaid.

En tiempos posteriores, uno de los efectos de la "revolución urbana" fue también un aumento demográfico dramático en los grupos afectados por los cambios en la estructura económica y en la organización social. En este caso, según Childe, el fenómeno puede ser observado en el mayor número de personas viviendo en las áreas construidas. En relación a este último punto, Tosi (1978) considera que el incremento demográfico es funcional al desarrollo de una economía excedentaria sólo en territorios altamente productivos, donde dicho aumento esté vinculado a una "densificación" de la población, a la concentración de los medios de producción, a una especialización funcional irreversible al interno de la comunidad, y a la existencia de intercambio regional. El efecto ulterior es observado en la estratificación social.

Otra explicación del aumento demográfi-

co en relación a la gestación de formas sociales nuevas es aquella propuesta por Athens (1977: 366), quien estipula que en ambientes áridos o templados, en que es necesario llevar a cabo varias actividades agrícolas al mismo tiempo, se procede a expandir la fuerza de trabajo familiar. Un incremento en el número de individuos de una familia permitiría un mayor abastecimiento de alimentos que, a la larga, produciría cambios orientados hacia una intensificación en los sistemas social y tecnológico.

Otra posibilidad más yace en un proceso de migración de grupos (posiblemente de las montañas) a la llanura aluvial, en la conversión de grupos de cazadores, pescadores, recolectores o pastores a la vida sedentaria, etcétera. (Adams 1972b:741).

En relación al aumento masivo de asentamientos durante el periodo Uruk tardío, Adams, en un momento temprano de su pensamiento (1955b), consideraba comprobado éste a través del incremento en los

sitios de este periodo que yacen sobre suelo virgen (implicando así la colonización de nuevos territorios), así como ampliaciones de los recintos sagrados; posteriormente (1962:62-63) señala que no se puede documentar satisfactoriamente su importancia para el momento que nos atañe ni su relación con el urbanismo.

En síntesis, los indicadores que han sido tomados en cuenta para evaluar este parámetro son:

- una comparación entre el número total de sitios y las cifras de asentamiento nuevos, asignados a periodos sucesivos,
- la magnitud de los edificios públicos,
- el número de tumbas en los cementerios.

Del primero ya hemos hablado extensamente. En relación al segundo, mientras no se tenga una idea precisa de la composición de los sistemas sociales que estamos estudiando, y de la relación entre los asenta-



mientos que pertenecen a un mismo sistema. no podremos determinar si el tamaño creciente de un edificio implica un aumento demográfico o la mayor participación de otros sectores sociales (del centro en cuestión o de las aldeas circundantes) en las labores de la construcción. En cuanto a la cuantificación del total de tumbas de un determinado periodo, en relación a las de otro, debemos estar seguros: de que hemos analizado todo el cementerio, de que todos los entierros asignados a un periodo son contemporáneos y de que dicha necrópolis es el único sector donde se dispone de los muertos del asentamiento en cuestión (es decir, que no haya entierros bajo los pisos de las casas, en los patios o alrededor de los templos, y que los individuos de las aldeas vecinas no entierren a sus parientes en el centro mayor).

d. Presión sobre los recursos.- En el modelo general se ha insistido en que el desequilibrio entre población y recursos ocasionó hostilidad entre los grupos de una región, al entrar en competencia. Aquéllos que han aplicado esta hipótesis al caso de Mesopotamia creen reconocer este fenómeno a través de la observación de un supuesto aumento demográfico en Uruk tardío, el incremento en la densidad de los centros de Jemdet Nasr, y la circunvalación de las ciudades y villas más importantes del Dinástico Temprano II, considerando estos fenómenos como parte de una sola secuencia de eventos. Resulta así que la presión sobre los recursos es una inferencia de segundo orden y no una relación entre indicadores directos.

Cohen (1975: 472-74) ha propuesto algunos elementos que podrían dar luz sobre este tipo de fenómenos, referidos especialmente a grupos de cazadores-recolectores. En general, señala que un desequilibrio entre población y recursos puede ser causado por una variedad de factores (entre ellos, variaciones climáticas), desvinculadas del crecimiento demográfico *per se*. Algunos de los indicadores que propone giran en torno a cambios en los patrones de subsistencia, implicando la explotación de nuevos nichos y recursos de carácter marginal o de menor prestigio dentro de la dieta, lo cual, por el momento, no ha sido considerado para Mesopotamia.

Steward (1972b: 206) sugiere que los límites en productividad fueron impuestos por el abastecimiento de agua, y cuando se alcanzaron éstos, se desarrollaron presiones demo-

gráficas dentro de cada estado, originando competencia por recursos y productos. Esto pretende explicar el crecimiento de imperios durante su "Era de las Conquistas Cíclicas". En primer lugar, dudamos de la primera premisa, ya que no conocemos las condiciones imperantes en la llanura aluvial y deltaica de Mesopotamia durante los periodos en cuestión, además de que existieron otros factores que impusieron límites drásticos a la productividad. Hablamos de la salinización de los sectores meridionales de la Baja Mesopotamia y su consecuente abandono.

Por otra parte, consideramos de suma importancia traer a colación una consideración de Service (1975: 215,278), quien se pregunta si la escasez de recursos provocaría siempre competencia por éstos. Teniendo en mente ciertos elementos de la organización de los cacicazgos, una alternativa viable sería la planeación redistributiva y la cooperación a escala mayor (por ejemplo, a través de la especialización). Cita también el caso de estados como el de Teotihuacan o el de Tiahuanaco en que, a su parecer, se produciría una "simbiosis económica" a través del intercambio planificado de los productos más importantes. Estamos de acuerdo en tomar en cuenta esta alternativa, y podríamos pensar que es una solución factible para los cacicazgos complejos y los "estados teocráticos". Sin embargo, en el momento que aparecen figuras competitivas, tanto por el poder como por la riqueza y el territorio, como el rey y su palacio, la escasez de recursos, si se presentó, incitó seguramente a las conquistas y a las hostilidades.

Por lo tanto, podríamos proponer que, ya que no sabemos si existió o no tal escasez de recursos (no conocemos siquiera la distribución y extensión de las franjas de tierra cultivable), dirijamos nuestra atención a los problemas de integración en los tipos de sociedad a que hemos hecho alusión, y tratemos de explicar el proceso de surgimiento de los diversos focos de poder.

2. El problema de la guerra.- Durante el estudio de algunos casos etnográficos de "sociedades de linaje" en Africa, ciertos antropólogos han observado que los motivos de guerra son: el rapto de mujeres (que es considerado como un elemento de restauración del equilibrio demográfico o como un fenómeno de "reciprocidad negativa"), la adquisición de cautivos (para aumentar el po-

tencial de la fuerza de trabajo), actividades de pillaje y búsqueda de botín, o el restablecimiento del orden necesario para reanudar las relaciones de intercambio. Sin embargo, nunca la razón fue la conquista territorial ni el deseo de esclavizar toda una tribu. Según Terray (1975: 85), uno de los elementos que hizo factible, por primera vez, el control centralizado de la fuerza militar en estos grupos, fue el aprovechamiento de recursos metalíferos, debido a que éstos están distribuidos en forma desigual, y los procesos de manufactura en que están implicados son relativamente complejos.

En relación a estas ideas podemos diferenciar claramente los motivos arriba mencionados de aquéllos que caracterizan del Dinástico Temprano II en adelante, y que culminan con el primer caso palpable de estado territorial en Mesopotamia: el imperio acadio, en que se aglutinan grupos étnicos diversos bajo una sola jurisdicción política y económica, y que, según McNeill, surge mediante una explotación exitosa de las posiciones estratégicas entre civilización y barbarie (Service 1975:316). Inmediatamente antes del periodo de dominación acadia en Mesopotamia, podríamos pensar en varias causas de hostilidades, algunas de las cuales ya fueron citadas. Por ejemplo, siguiendo a Adams (1973:361-62), podemos señalar la creciente riqueza de los templos, que ofreció un estímulo mayor a las actividades militares. Los reyes compiten por el control para lograr la expansión de la riqueza y de la autoridad real a expensas del templo. Un fenómeno contemporáneo es la creciente heterogeneidad de la sociedad, que decrecería la efectividad de las sanciones puramente religiosas en la administración de los asuntos de la comunidad.

Otra razón de conflictos es la adquisición de cautivos de guerra. Las primeras menciones datan de tiempos acadios. Sin embargo, no podemos descartar que anteriormente se extrajese una porción de la población vencida, siempre extranjera en relación a los sumerios, tanto de carácter civil como guerrera, con el fin de canalizarla tanto a palacios del rey y de sus oficiales, como al templo, para cumplir tareas de servicio o artesanales (las mujeres, en el tejido), pero nunca en la producción de alimentos (Gelb 1972: 81, 85-86). Los grupos pertenecientes a la etnia sumeria no podían ser reducidos a tal condición.

Otra causa más fue el enfrentamiento continuo entre nómadas y sedentarios, especialmente en las zonas limítrofes con el desierto o la sierra. Una de las razones de encuentros armados podría ser, según Rowton (1976:8-9), el negar a los nómadas

los terrenos cubiertos de pastizales durante el verano, estación en la que se veían obligados a sacar a sus ovejas de las estepas áridas. Durante el II milenio a.C. se tienen evidencias del empleo de grupos de nómadas en el ejército de Mari, a cambio del uso de los campos. Otra alternativa podría ser la creciente desertización que obligó a que las tribus de los desiertos y montañas se moviesen hacia las zonas agrícolas de las tierras bajas.

Siguiendo la idea de Terray, podríamos agregar que el advenimiento de la tecnología del bronce creó una demanda sobre armas e instrumentos más resistentes, pero que dependían de un abastecimiento de estaño, debido a lo esporádico de los yacimientos (dondequiera que éstos se hallasen). Incluso podríamos extender aún más la causa de conflictos al entrometimiento de grupos extraños en las redes de intercambio de materias primas inertes, tan escasas en Mesopotamia.

Hablemos ahora de algunos de los indicadores elegidos para servir como prueba de algunos casos de conflicto. Podríamos empezar mencionando una prueba tangible de la destrucción de un asentamiento: los niveles de incendio y de saqueo. Otra sería la existencia profusa de armas diferentes de los instrumentos de caza, es decir, las cabezas de maza y los proyectiles de honda, en los tiempos predinásticos, y las armas de metal en tiempos posteriores. No debemos olvidar las medidas defensivas de algunas aldeas y villas de la Alta Mesopotamia, así como las murallas de defensa de las ciudades del sur.

Por otro lado, Adams (1955b) señala que, para el sur, las evidencias certeras de guerra se inician desde el "Protoliterario" (periodos Uruk tardío y Jemdet Nasr), y son patentes en la profusión de armas de cobre, las representaciones en los sellos (escenas de cautivos de guerra o del rey en el campo de batalla), amén del amurallamiento de templos y palacios. Durante el Dinástico Temprano, los indicadores pueden ser extraídos de los textos, en los que se relatan conflictos entre las ciudades-estado por territorios fronterizos. Para dicho periodo, Childe (1968: 182) agrega la información de los carros de combate tirados por asnos que, cuando aparecen como ofrenda funeraria, podrían simbolizar la encarnación del Estado (en tanto que fuerza coercitiva) en una dinasta humano. Por otra parte, también la distribución de los asentamientos de este periodo ha sido considerada como transformada en respuesta a presiones político-militares, sobre todo en relación al abandono rural y a la concentración de la población en los centros mayores. También se ha considerado que el hecho de que se reconozcan

esferas de influencia territorial claramente delimitadas podría representar la concentración creciente de poder económico y la posibilidad de rivalizar con centros vecinos. En este caso, las pugnas serían el resultado de la yuxtaposición parcial de las “esferas de influencia” (Nissen 1972: 794-95).

Ya que tenemos distintos órdenes de fenómenos, causas posibles e indicadores, deberíamos ser capaces de deslindar claramente los ámbitos de afectación de cada uno. En primer lugar, consideramos que los procedimientos seguidos hasta el presente para calcular los distintos parámetros demográficos no permiten esta labor. En segundo lugar, como Service (1975:304) indica, evidencias de acción militar o de violencia se encuentran esporádicamente en cualquier nivel. Por lo tanto, no es fácil atribuir a este elemento una función de disparador del proceso, además de que es prácticamente imposible determinar la causa de los conflictos, basándose únicamente en indicadores arqueológicos.

Webster (1975: 465-66) ha tratado de demostrar que, cuando se presentan condiciones de inestabilidad al interior de los cacicazgos, debido al control difuso de la fuerza coercitiva, y se toma la vía de la expansión territorial (con la consecuente asimilación de nuevos elementos, a los cuales es difícil subordinar política y económicamente), lo que emerge es un cacicazgo más grande y quizá más frágil, pero no un Estado.

En relación a la manufactura de armas, no podemos decir si es o no un indicador confiable,



mientras esta producción no sea evaluada en proporción a los otros órdenes de manufactura. Por último, el problema de la riqueza como estímulo del militarismo creciente debe ser considerado con más calma. Webster ha mencionado que en los cacicazgos la acumulación de riqueza se ve restringida por las obligaciones de redistribución del jefe hacia sus parientes. En el otro extremo vemos a los reyes de tiempos muy posteriores emprendiendo campañas para adquirir botín por medio del saqueo de los palacios y templos de otras ciudades, es decir, envueltos en un afán desmedido por aumentar su autoridad a través de la riqueza. Entre estos dos momentos, hallamos a la institución del templo con sus actividades de redistribución y su posible control sobre el abastecimiento de materias primas alóctonas inertes. ¿Cuánto se puede hablar de acumulación de riqueza en este momento?

Bibliografía

- Adams, Robert McC. 1955. "Developmental Stages in Ancient Mesopotamia"; en Steward, Julian H. (ed.): *Irrigation Civilizations*; Washington, pp. 6-18.
- 1955b. "Etapas de desarrollo en la antigua Mesopotamia"; en *Las Civilizaciones Antiguas del Viejo Mundo y de América*; (Estudios Monográficos); Unión Panamericana; Washington, pp. 6-19.
 - 1960. "Early Civilizations, Subsistence and Environment"; en Kraepling, Carl H. and Robert M. Adams (eds.): *City Invincible*; The University of Chicago Press; pp. 269-295.
 - 1962. "Agriculture and Urban Life in Early Southwestern Iran"; (*Science* vol. 136, núm. 3511; 13 April); AAAS; Washington, pp. 109-122.
 - 1962b. "A Synopsis of the Historical Demography and Ecology of the Diyala River Basin, Central Iraq"; en Woodbury, Richard B. (ed.): *Civilizations in Desert Lands*; University of Utah Press; pp. 15-29.
 - 1966. *The Evolution of Urban Society*; The University of Chicago Press; Chicago.
 - 1972. "2. Demography and the 'Urban Revolution' in Lowland Mesopotamia"; en Spooner, Brian (ed.): *Population Growth*; The MIT Press; Cambridge, pp. 60-63.
 - 1972b. "Patterns of urbanization in early southern Mesopotamia"; en Ucko, Peter J.; Ruth Tringham and G.W. Dimbleby (eds.):

- Man, Settlement and Urbanism*; Duckworth and Co.; pp. 735-49.
- 1973. “Some Hypothesis on the Development of Early Civilizations”; en Leone, Mark P. (ed.): *Contemporary Archaeology*; Southern Illinois University Press; Carbondale, pp. 359-64.
- Adams, Robert McC. and Hans J. Nissen. 1972. *The Uruk Countryside*; The University of Chicago Press; Chicago.
- Athens, J. Stephen. 1977. “10. Theory Building and the Study of Evolutionary Process in Complex Society”; en Binford, Lewis R. (ed.): *For Theory Building in Archeology*; Academic Press; New York, pp. 353-384.
- Boserup, Ester. 1965. *The Conditions of Agricultural Growth*; Aldine Publishing Co.; Chicago.
- Carneiro, Robert L. 1970. “A Theory of the Origin of the State”; (*Science* vol. 169, 21 August); AAAS; pp. 733-38.
- Childe, V. Gordon. 1968. *Nacimiento de las Civilizaciones Orientales*; Ediciones Península; Barcelona.
- Childe, V. Gordon. 1973. “The Urban Revolution”; en Leone, Mark P. (ed.): *Contemporary Archaeology*; Southern Illinois University Press; pp. 43-51.
- Cohen, Mark N. 1975. “Archaeological evidence for population pressure in pre-agricultural societies”; (*American Antiquity* vol. 40, núm. 4, October); Washington, pp. 471-75.
- Fried, Morton H. 1974. “On the evolution of social stratification and the State”; en Lamberg-Karlovsky, C.C. and Jeremy A. Sabloff (eds.): *The Rise and Fall of Civilizations*; Cumings Publishing Co.; Menlo Park, pp. 26-40.
- Gelb, I.J. 1972. “From Freedom to Slavery”; (*XVIII Rencontre Assyriologique Internationale*, München 1970); München, pp. 81-92.
- Gibson, McGuire. 1973. “Population shift and the rise of Mesopotamian civilisation”; en Renfrew, Colin (ed.): *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*; Duckworth, pp. 447-463.
- Krader, Lawrence. 1977. *On the History of Civil Society and the State*; (Apuntes inéditos sobre el curso del mismo nombre); CISINAH; México.
- Marx, Karl. 1974. “Formas que preceden a la producción capitalista”; en Hobsbawm, Eric J. y Karl Marx: *Formaciones Económicas Precapitalistas*; Ediciones Pasado y Presente; Córdoba, pp. 49-97.
- Nissen, Hans Jörg. 1972. “The city wall of Uruk”; en Ucko, Tringham y Dimbleby (eds.): *Man, Settlement and Urbanism*; Duckworth; pp. 793-798.
- Oates, Joan. 1972. “Prehistoric settlement patterns in Mesopotamia”; en *Ibid.*; pp. 299-310.
- Rowton, Michael B. 1976. *The Economic Basis of Ancient Nomadism*; (30º Congreso Internacional de Ciencias Humanas en Asia y Africa del Norte); mecanuscrito; México.
- Service, Elman R. 1975. *Origins of the State and Civilization*; W.W. Norton; New York.
- Steward, Julian H. 1972. *Theory of Culture Change*; University of Illinois Press; Urbana.
- 1972b. “11. Development of Complex Societies: Cultural Causality and Law. A Trial Formulation of the Development of Early Civilizations”; en *Theory of Culture Change*; Urbana, pp. 178-209.
- Terray, Emmanuel. 1975. “Review article: Technology, Traditions and the State”; (*Critique of Anthropology* núm. 3, spring); pp. 80-99.
- Webster, David. 1975. “Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration”; (*American Antiquity* vol. 40, núm. 4, October); Society for American Archaeology; Washington, pp. 464-470.
- 1976 “On Theocracies”; (*American Anthropologist* vol. 78, núm. 4, December); Washington, pp. 812-828.
- Young, T. Cuyler (Jr.) 1972. “Population densities and early Mesopotamian urbanism”; en Ucko, Tringham and Dimbleby (eds.): *Man, Settlement and Urbanism*; Duckworth; pp. 827-842.